



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

—1881—

Quedan asegurados los derechos de propiedad  
conforme á la ley

—1881—

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SEÑORITA DE FLAMBERGE  
Gran novela de capa y espada

---

PRIMERA PARTE

---

EL HEROÍSMO CON FALDAS

---

I

LA INUNDACIÓN

El castillo de Tanlay, que se alza á menos de un kilómetro de Armançon, en el distrito de Tonnerre, cantón de Cruzy, es uno de los tipos más maravillosos de arquitectura del siglo XVII.

El patio de honor de esa perla arqueológica mide 42 metros por 32 y está formado por un vasto cuerpo de edificio que termina, de un lado, por la torre de la capilla, y del otro, por la de los archivos, ó *torre de la Liga*, llamada así no sólo porque fuese su constructor Francisco de Coligny de Ancelot, sino también porque

ese Coligny y el príncipe de Condé tuvieron allí consejo varias veces en la sala principal, durante las guerras de religión.

Aparte de esa sala y de la galería, adornada de frescos, la mejor pieza del edificio es indudablemente la llamada « cuarto del Arzobispo », cuyas paredes están adornadas con cariátides y estatuillas en bajos relieves.

Abajo del castillo, el parque, graciosamente dibujado, descende en cuesta poco pendiente hasta el burgo de Tanlay y concluye en el magnífico brazo de agua llamado el Gran Canal.

En la época en que se desarrolla nuestro relato, dicho castillo estaba habitado por el conde Luis de Lespare, por su mujer, la condesa Constancia, y su hija Enriqueta, joven doncella de diez y seis años, muy linda, pero de un carácter tan indescifrable como el enigma de la esfinge.

El conde frisaba en los cincuenta. Era un hombre recto como su espada, indomablemente enérgico y altivo, compasivo con los demás y rígido para consigo mismo. Aunque nunca hizo nada que pudiera mancillar su honor, no siempre había sido tan tranquilo y casero. Bajo la Regencia del duque Felipe de Orleans, las crónicas escandalosas de la corte y de la villa habían tenido que registrar varias veces las conquistas galantes y los numerosos duelos de ese verdugo de corazones y de cráneos, á quien llamaban el bello Lespare. Luego había desaparecido durante muchos años. Y sólo volvió casado con una admirable

criatura, huérfana del marqués de Calonne, que había hallado la muerte, según decían, entre las murallas de la villa de Turín, en una horrible emboscada.

Decían también que el conde Luis se había vengado terriblemente de los asesinos de su hermano de armas. Pero todos esos chismes no aseguraban nada; y los pocos íntimos del conde que hubieran podido hablar á sabiendas, permanecían constantemente mudos acerca de ello.

El caso es que la instalación de los Lespare en el valle de Armançon fué una verdadera bendición para la comarca.

La condesa Constancia, bella con esa radiante belleza en que ha sabido inspirarse el Ticiano, tenía el mejor corazón que soñar se puede. Era caritativa y amable. Nunca se dirigió nadie en vano á la esplendidez de su corazón ó de su bolsa. Por sus cuidados, la vieja abadía de Quiney fué restaurada; la antigua iglesia parroquial de Tanlay, que data del siglo XIII, le debía el estar aún en pie, y en toda la región no había un solo desgraciado.

La señorita Enriqueta, problema vivo, tenía al mismo tiempo algo de su padre y de su madre. Del conde, poseía la energía viril, el absoluto desprecio del peligro y de la fuerza, la fuerza real, porque, bajo la piel delicada de sus lindas muñecas, se ocultaban músculos de acero. De la condesa, tenía la joven las cualidades del corazón y las afinidades estéticas; estas últimas, todavía en estado embrionario, prometían exceder las del modelo. En resumen, si

Enriqueta era mujer por lo que se veía, sus aspiraciones y gustos la convertían en un caballero completo, con gran desesperación de la condesa, que no conocía sino la mitad de sus talentos. Estuviera á pie ó á caballo — y el mejor caballo padre se doblegaba ante su ama — llevaba siempre faldas cortas. Indiferente para dejar ver sus pantorillas, ya bien formadas, de las que personalmente no hacía el menor caso, pues era una niña en cuanto á sentimientos, ya que ningún hombre se había detenido aún en su imaginación. Y sabido es que el pudor femenino no nace hasta el mismo momento en que se rompe la admirable inconsciencia de la niña.

Por no sospechar la manzana, la virgen es más casta, á pesar de las apariencias.

La prueba es que nuestra madre Eva ignoraba, en su candor, su estado de desnudez, antes de haber hurtado su fruto al árbol de la ciencia.

Pero, volviendo á Enriqueta, era ésta tan buena amazona como nadadora de mérito. El año anterior, cuando sólo contaba quince de edad, habíase arrojado vestida del todo al gran canal, para extraer de él á una anciana ciega que se había caído por imprudencia. Había sacado partido de esta aventura para demostrar á la condesa la utilidad de las faldas cortas.

En sus largas cabalgatas de cazadora en persecución de alguna zorra ó de algún cabrite, que su carabina acababa siempre por levantar en los bosques de Brion, de Volineuse ó de Rugny, hubiera preferido llevar pantalones, pero el conde se había opuesto siempre á la realización de ese capricho.

El personal del castillo de Tanlay, componíase : primero de la señorita Simoneta, joven de veinticinco años, mujer de confianza de la condesa, su criada favorita y su reemplazante para dar órdenes ; segundo, de Justina Chaminade, afectada al servicio personal de Enriqueta, de una costurera y una lavandera. En cuanto al personal masculino, y por orden de presencia, debemos nombrar al señor Méjico, ex caballerizo de Lespare, convertido en intendente suyo, de treinta ó treinta y cinco años ; Lancelot, ayuda de cámara del conde ; el tío Martinet, anciano viudo, guarda perpetuo de la finca, y á más de éstos, varios mozos y mozas empleados en cocinas, caballerizas ó jardines. Un enorme perro de San Bernardo, llamado Maese Bel, completaba el personal, y no era el menos mimado de los sirvientes.

Cuando el conde transportaba sus penates á su hotel situado en la calle de Francs Bourgeois, en París, seguíale toda su casa, excepto Maese Bel y el viejo guarda ; este último era reemplazado en la capital por un tal Verda, suizo de gran importancia.

El 6 de Enero de 1745, fiesta de la Epifanía, á eso de las seis de la tarde, el cuarto del Arzobispo, que servía de comedor en el castillo de Tanlay, estaba brillantemente iluminado.

Para comer el pan de Reyes, el conde había reunido en torno de su mesa á sus más íntimos amigos. Á la derecha de la condesa sentábase el marqués de Gherlor, subteniente de mosqueteros del Bey ; á los lados del conde, hallábanse la marquesa Honorina de Gher-

lor, compañera de niñez de Constanca, y su hija Gisela, amiga de Enriqueta. Esta última estaba á su lado y hablaba alegremente con dos raros personajes cuya fisonomía, así como el traje, parecían muy fuera de lugar en aquella mansión señorial.

El primero, arrogante anciano de voz tronante, llamábase Fileas Jarnac (de Tolosa); el segundo, mucho más bajito y sensiblemente más tímido, aunque poco más ó menos de la misma edad, respondía al nombre de Chaminade, llamado Boca Pequeña (de Aubenas). Inseparables como Orestes y Píades, habían ejercido en todo tiempo la profesión de maestros de esgrima. Vanagloriábanse, y no sin razón, de haber comunicado al conde parte de su saber, y de haberle sido útiles en circunstancias críticas de su vida. Estos motivos, á falta de otros, podían explicar su presencia en aquella mesa. Pero de muy grande importancia debían de ser los servicios por ellos prestados, porque grandes señores y gentes de servicio no se arreglan bien juntos.

Chaminade era padre de la simpática Justina que la señorita de Lespare había hecho su doncella.

Los cinco invitados habían llegado de París aquel mismo día, recorriendo el valle de Armançon, á todo lo largo de la carretera, y habían oído á las gentes expresar sus temores acerca del próximo é inevitable « *deris*. »

— Á propósito, querido conde, preguntó de pronto el marqués de Gherlor, el dialecto de sus aldeanos no nos es familiar. ¿Qué entiende usted por un « *deris* ? »

— ¡ Ah ! repuso Luis de Lespare, es algo siniestro

y cruel, porque ni la fuerza ni la ciencia humana pueden oponérsele útilmente. Todo el mes pasado cayó nieve, ¿ verdad ? y he aquí que hace ya dos días que la temperatura ha subido á una media imprevista. ¡ Es el deshielo ! El deshielo rápido, imposible de detener.

— ¡ Eh !.. exclamó riendo la marquesa, ¿ qué tiene eso para ser tan temible ? ¡ Es una primavera anticipada !

— Enriqueta, preguntó el conde sin contestar, ¿ por dónde has cazado hoy ?

La joven, dejando la conversación que sostenía con sus dos vecinos, y comprendiendo en el acto lo que su padre quería saber, contestó :

— Esta mañana he llegado hasta el castillo de Charmes, detrás del bosque de Ancy. Á todo lo largo de la ribera, la carretera estaba intransitable, el Ravisy se ha desbordado y el Armançon había subido ya mucho.

— Pero ¿ qué tiene eso que ver ? preguntó la marquesa.

— Querida señora, replicó gravemente el conde, mucho me temo que haya usted venido á Tanlay para presenciar el espectáculo de las calamidades causadas por la plaga más temible.

— ¿ Qué plaga ? ¡ El agua ! ¡ el agua !

— Sí, cien veces más temible que el fuego, el cual puede reducirse. Afortunadamente, han llegado ustedes á tiempo para ponerse aquí al abrigo.

Una violenta ráfaga de viento hizo temblar las ven-

tanás del comedor, y gruesas gotas de lluvia golpearon sus cristales.

— He ahí lo que yo temía, pensó el conde.

Un deslumbrador relámpago serpenteó en la obscuridad, y el ronquido del trueno rodó por el valle, viniendo á acentuar su frase.

— ¡En Enero! murmuró la condesa Constancia santiguándose.

— ¡Eso es de mal agüero! dijo la marquesa.

— ¿Qué teme usted, pues? interrogó Gherlor.

— El *deris*, ó, dicho de otro modo, la inundación, más fatal que la guerra.

— Á propósito de guerra, dijo el teniente de mosqueteros, debo manifestarle que Su Majestad, fastidiado por la interminable lucha que ha tenido por causa la sucesión de Austria, ha decidido dar un gran golpe en Flandes, la primavera próxima.

— ¡Ah!

— En el Consejo del rey, se ha tratado también de usted, conde, para reemplazar al capitán-teniente de mi compañía, que acaba de morir.

— ¡Dios mío! exclamó la condesa.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el marqués parecía aplicar el oído á un ruido que venía de afuera.

— ¿Qué puede ser eso? preguntó al fin.

El conde se levantó y fué á abrir la ventana. Entonces el ruido se percibió más claro. Por cima de un vago y sordo rumor que subía del valle, la tormenta llevaba lejos la siniestra queja lanzada por varios

campanarios en donde tocaban á rebato. Pero, sobre todo esto, venía un gran sonido de trompetas.

— ¡Oh! exclamó, espantada, la marquesa.

— ¿Será la fenomenal águila que han traído ustedes de los Pireneos? preguntó Gherlor. ¿La tienen ustedes aún?

— ¡Siempre! Hace sus provisiones: es un noble animal.

— No ignorará usted que Su Majestad se apasiona por todas las aves. Tiene una pajarera magnífica.

— ¡Cuando llegue la hora, le daré la mía; pero, oígalo bien, marqués, también él toca á generala!

En aquel momento abrióse la puerta, apareciendo el espantado rostro del guarda Martinet.

— ¡La inundación, señor conde!

Desgraciadamente, produciéndose una fuerte corriente de aire entre la ventana y la puerta, apagáronse en menos de un segundo todas las luces.

Y el trueno, escogiendo ese preciso momento para hacer oír su formidable voz, produjo un estrépito de derrumbamiento que atravesó el comedor y fué á repercutir en las sinuosidades de la llanura.

Todo el mundo se había levantado alrededor de la mesa.

De común acuerdo, los caballeros pusieronse al lado de las señoras, como para protegerlas contra lo Invisible; porque, desde que pasó el relámpago, todo había vuelto á sumirse en profunda obscuridad.

La señorita de Lespare fué la primera que recobró el habla.

— Déjenme, dijo, rechazando á los dos viejos maestros de esgrima que la rodeaban con su superflua buena intención. No es hora de temblar, hay otras cosas que hacer.

Habíanse cerrado puerta y ventana, y Lancelot acababa de traer antorchas encendidas.

— Es verdad, decidió el conde en tono firme. Ha dicho bien esta pequeña. Mientras miles de desgraciados huyen ante el elemento desencadenado, tenemos algo mejor que hacer que cruzarnos de brazos.

— ¿Qué?

— Socorrerlos, si es posible... ¡Es nuestro deber!..

La amistosa fiesta se desenlazaba de un modo imprevisto. Nadie pensaba en volverse á sentar á la mesa.

— Querido marqués, dijo el conde, le agradeceré que acompañe á estas señoras, en tanto que Chamínade, Jarnac y yo vamos á socorrer á los que piden auxilio.

Enriqueta dijo riendo :

— Y me olvida usted á mí, papá. Cree que puedo quedarme sin hacer nada.

Gisela de Gherlor la miró, uniendo las manos.

— ¿Tú, Enriqueta? ¡Ah! quédate aquí; podrías ahogarte.

— ¡No hay peligro!

— ¿Con ese traje? observó el conde preocupado.

— En usted estaba permitirme el uso de otro vestido, padre. Las ropas femeninas, es cierto, ofrecen inconvenientes para correr aventuras, á causa de su largura; pero esto puede remediarse.

Fué á coger algunos alfileres de un acerico y se ocupaba en arremangar la falda, ya corta.

— Enriqueta, dijo la condesa en tono de reconvencción.

La joven, sin interrumpir su labor, explica en seguida :

— Mamá, la noche es muy oscura. No hay peligro de que este ligero detalle de mi vestido pueda lastimar los ojos demasiado sensibles; así equipada, sé que me encuentro en estado de prestar los servicios necesarios. Y, por otra parte, por pedazo de tela más ó menos, no creo que querría usted que su hija se expusiera á ser arrastrada por la corriente, como decía Gisela... ¿Nos vamos, padre?

Enriqueta estaba preparada. Su falda formaba ahora campana á la altura de las pantorrillas. Nunca tuvo Diana cazadora más perfecta imitación.

El marqués de Gherlor permanecía admirado ante tan singular muchacha, cuya audacia le dejaba siempre estupefacto, aunque la conociera desde su infancia. La marquesa y su hija permanecían en silencio. La condesa se preguntaba, acaso por milésima vez, cómo pudo ella dar vida á la híbrida maravilla en que no se reconocía. En cuanto á Jarnac y Chamínade, éstos no se extrañaban de nada, pues harto sabían de cuánto era capaz la que llamaban *in petto*, su discípula.

Sin poder resistir á la pequeña tirana, Luis de Lespare se despidió de las damas, y el equipo de los cuatro salvadores bajó al patio del castillo, en donde el tío Martinet, gruñendo y jurando, ayudaba á un

mozo de cuadra á enganchar un gran caballo de tiro á un carricoche, en el cual se había colocado ya una pequeña embarcación que, el verano, navegaba por el gran canal.

Mas allá, Lancelot y Justina Chaminade, joven que no tenía miedo de nada, asían de la brida, uno el caballo de su amo, la otra, el de su ama.

En la puerta de su cubil de piedra, encadenado como estaba, Maese Bel husmeaba las lejanas emanaciones del río y ladraba quedamente.

Continuaba granizando. Bajo el poderoso impulso del huracán, los árboles despojados del parque parecían querer besar el suelo, y el terrible soplo bramaba incesante, lamentable, á través los descarnados y suplicantes brazos de los elmos seculares. Una gran nube fosforescente, cargada de relámpagos, alejábese hacia el Norte. Desde lejos, seguía viniendo el impresionante llamamiento de las campanas. Jarnac y Chaminade habían subido al carricoche. El último de aquellos cogió las riendas.

— ¡Démonos prisa!.. dijo el conde, saltando á la silla.

Enriqueta galopaba ya por la carretera. El carricoche fué el último en salir del patio. Cuando franqueaba la verja, el viento trajo á los dos maestros de armas, en medio de los mil ruidos amenazadores que cruzaban el espacio, un fúnebre aullido lanzado por Maese Bel, en forma de adiós. Enriqueta iba á la cabeza y corría entre un torbellino de ramillas arrancadas á los árboles, hojas y pajuelas. En cuanto hubo

montado á caballo, pudo observar que su falda, de admirable largo cuando estaba en pie, no lo era tanto en la posición sentada, en la que apenas le tapaba las rodillas. Además, el viento parecía gozarse en penetrar en aquel gallardete de tela, levantándolo hacia el talle.

— ¡Bah! pensó la joven. ¡Está tan oscuro!

Y se lamentaba cada vez más de no haberse encargado un traje de hombre. En efecto, en aquella época, las damas no llevaban aún ese vestido que se ciñe tanto á su persona, y para el que los ingleses han inventado la palabra: *Inexpressible*.

Después de atravesar la aldea de Tanlay, donde todo el mundo se hallaba aún en pie, al llegar al recodo de la carretera que va á Turena, Enriqueta detuvo á un hombre que, como loco, corría gritando: « ¡El Déris! ¡el Déris! »

— ¿De dónde viene usted? le preguntó.

— Del molino de Champi.

— ¿No ha habido desperfectos allí?

— ¡El fuego del cielo ha caído sobre él.

— ¿El rayo?

— Pero llegó el agua... ¡Ah! ¡no ha durado mucho!

— ¿Y el cortijo de Antonio?

— ¡Ya no hay nada!... ¡Está liso como la palma de la mano!

— ¿El ganado?

— Está nadando.

Estas últimas palabras se las llevó el viento, con el ruido de los zuecos que chapoteaban en los charcos de la carretera, porque el hombre no había moderado su

carrera. Lespare acababa de reunirse á su hija. El carricoche debía de estar lejos aún.

— ¿Qué te ha dicho ese hombre?

— Que el molino de Champi se ha quemado, y luego inundado; y que el cortijo de Antonio ha sido arrasado por la inundación.

— ¡Adelante!

— ¡Imposible!.. ¡Mire!

Por cima del toque de rebato, la llanura se llenaba de quejas confusas, entre las cuales había balidos y mugidos, gritos y galopes de gentes y animales que corrían alocados. Hubo que apartarse al lado de la carretera, para dejar paso á aquella multitud desesperada. Atravesar los campos era imposible porque, de trecho en trecho, veíanse espacios líquidos que brillaban en la obscuridad. Y además, á ambos lados de la carretera, que estaba en declive, los fosos se habían llenado de un agua fangosa.

Ya estaban lejos los fugitivos, cuando padre é hija permanecían aún en el mismo sitio, siniestramente impresionados por esa agua cenagosa que corría á diestro y siniestro por la llanura, y por el crujido de los árboles que orillaban la carretera, los cuales, con movimientos desesperados, parecían esforzarse en querer desgarrar las tinieblas de la noche. El carricoche guiado por Chaminade no llegaba. Pero, de pronto, una gran forma color de espuma, que venía saltando, de la parte de Tanlay, tocó las piernas del caballo de Enriqueta y le saltó á las narices.

— ¡Maese Bell... dijo la joven apeándose. ¿Cómo

no habremos pensado en este buen perro, cuyo oficio es salvar las gentes?.. ¡Pero si está chorreando! ¿De dónde viene?

— ¡Ah! exclamó el conde mordiéndose los labios, para gentes que quieren salvar á los demás, acabamos de cometer una gran tontería, hija mía.

— ¿Una tontería?

— Aquí nos hallamos en la parte más elevada de la carretera, y, conociendo el valle como lo conocemos, nos hemos dejado encerrar neciamente por el agua.

— ¡Es verdad! Entre nosotros y Tanlay, debe de haber ahora un lago.

— Y ese es el lago que Maese Bel acaba de atravesar para alcanzarnos.

— En ese caso... Jarnac...

— ¡Oh! esos nada pueden temer, pues llevan la barca.

Por la parte de Armançon, oyóse el ruido de varios caballos lanzados al galope.

— ¡Demonio de país! exclamó una voz joven. ¡Para llevar un mensaje, el rey debería de haber apelado á su flota!

Esa broma de buen humor terminó con un grito de desesperación. Un postrer esfuerzo de la tormenta acababa de derrumbar toda una fila de árboles, y los caballeros desconocidos, fustigados por aquéllos, fueron sin duda lanzados con sus cabalgaduras al otro lado de la zanja, á la peligrosa corriente de la inundación.

Había cesado la lluvia. La luna salió de su velo de nubes para iluminar un cuadro de grandeza siniestra.

## II

## UNA HEROÍNA

Aquella misma noche, en el mismo momento en que los invitados de Lespare se sentaban á la mesa, en el castillo de Tanlay, un caballero, abundantemente cubierto de polvo, franqueaba sin refrenar el arrabal oeste de la villa de Tonnerre, é iba á llamar la aldaba de la hostería del *Gran Ciervo*, la mejor y más bien reputada del lugar. Al mozo de cuadra que acudió al oír el ruido, preguntóle sin abandonar la silla :

— ¿Qué distancia hay de aquí á Tanlay?

— Poco más de una hora á trote largo, caballero gentilhombre.

El joven viajero, pertenecía, en efecto, á la nobleza, no se podía uno equivocar, al verlo. Tendría á lo sumo veintiocho años; era moreno y de estatura regular. Bajo su traje de corte severo y sin adornos, vestido que adoptaban los señores de aquella época para ponerse en camino, ostentaba aspecto altivo.

Su mirada era franca; su actitud carecía de gravedad; no obstante, en sus modales decididos se veía fácilmente que debía de estar más acostumbrado á mandar que á obedecer.

— Poco más de una hora, repitió como hablando consigo mismo, saltando rápidamente al desigual adoquinado que enlosaba la parte delantera de la hostería. Es más tiempo del que necesito para reparar algo el desorden de mis vestidos y para restaurarme un poco.... Podría llegar al castillo á hora no muy importuna, para presentar mis respetos al conde. Luego, dirigiéndose al mozo, y acariciando al mismo tiempo el cuello del caballo, cuyo pelo brillaba de sudor, añadió :

— Fricciona á este animal, muchacho, y dale una ración de avena... ¡Buena ración y pronto!

Traspasó la puerta de la hospitalaria casa y gritó, golpeando con el pomo de la espada en una mesa :

— ¿No hay nadie? ¡Ea! ¡vengan pronto! ¡ó cuidado, si no, con la caja!

Y se reía al producir tal alboroto.

Debía de ser un excelente joven, turbulento por instinto; pero nada malo.

Á su llamamiento acudió una muchacha. Por orden suya preparó en seguida un cubierto, ante el que colocó un picadillo de jabalí y una botella de vino de Asti.

Después de haberse lavado cara y manos en la fuente, como un simple rústico, el viajero preguntó, atacando la caza con gran apetito :

— ¡Eh! guapa moza, ¿puede usted decirme si es buena la carretera de aquí á Tanlay? ¿No hay barrancas?

— No, monseñor, la carretera es casi nueva y agradable para caminar, en general; pero esta noche...

— Esta noche... ¿qué?

— Después del bosque de Saulagny, la carretera sigue el fondo del valle...

— ¿Se está allí al abrigo del viento?

— Tal vez; pero se teme un Déris.

El viajero vació un vaso más de vino, enjugóse los labios y preguntó riendo:

— ¿Cómo ha dicho usted?

— Digo, monseñor, que se teme un Déris.

— ¡Mala peste! ¿Qué clase de animal es ese?

— No es un animal, monseñor. Es el río que, crecido por las nieves derretidas, puede á cada paso desbordarse é inundar el fondo.

— ¡Demonio! ¡Eso es grave!

— ¡Ya lo creo!

— ¿Y pasa por ese fondo el camino que yo debo seguir?

— Exactamente, monseñor.

— Eso me decide á no quedarme aquí un minuto más.

El joven se había levantado; echó un escudo de seis libras sobre la mesa y dijo:

— Cóbrense y guárdese el resto, buena moza.

La criada lo miraba con admiración.

— Tal vez no se haya fijado monseñor que hay tormenta en la atmósfera, dijo.

— ¿Tormenta? no me parece muy probable en esta época del año. Además, tengo que cumplir una misión que no admite demora. El temor á algunas gotas me haría pasar por un gallina, y vale más ser gallo en remojo.

— ¡Es una imprudencia, monseñor, créame!

— La imprudencia sería escuchar á usted más tiempo, hermosa, porque, si nó me llevase mi caballo esta misma noche á Tanlay, mañana tendría que ir allí en lancha; según sus pronósticos.

La buena muchacha había agotado sus argumentos. Viendo que nada podría detener á viajero tan testarudo aunque jovial, ayudóle á ponerse el abrigo, le puso el sombrero en la cabeza y abrió la puerta ante la cual piafaba el caballo bien friccionado y dispuesto. Hacía noche muy oscura. Grandes nubarrones de tinta cruzaban el cielo arrastrados por una corriente invisible que no se hacía sentir aún en la tierra, donde reinaba calma completa.

De un brinco, el viajero montó á caballo. Tendió la mano, diciendo:

— Tiene usted razón, chiquilla; va á caer agua.

La noble bestia, sintiendo á su amo encima, partió á galope, haciendo brotar un haz de chispas. Momentos después eran ya invisibles, devorándolos la oscuridad, y sólo se percibía el ruido decreciente del galope, que se alejaba hacia La Grange.

El joven jinete que así desafiaba la tempestad amenazadora y la anunciada inundación, en la noche más oscura y en una región adonde acudía por |pri-

mera vez, era el vizconde Santiago de Courten. Hijo único de Courten-Málo que fué uno de los fundadores del Oriente y uno de los administradores más ricos de la Compañía de las Indias, el joven no había quitado su país bretón hasta los veinticinco años, y había venido á hacer su carrera en la corte de Francia. Protegido como estaba por el conde de Argenson, ministro de la guerra, del que era algo pariente, no tardó en sobresalir. Hasta el momento en que lo encontramos, encargado de una misión particular para el castellano de Tanlay, el vizconde no había oído aún hablarle el corazón. Verdad es que no había dejado de dedicar parte del tiempo á alguna de esas aventuras tan galantes como pasajeras de que las camareras de honor de la reina formaban el principal elemento; pero ninguna de ellas lo había retenido. Sin embargo, su madre, buena y anciana mujer á quien la soledad de su finca de Courten-Málo hacía extraordinariamente morosa, le incitaba, en cada carta, á escoger una compañera que lo sería también de ella. En todo esto iba pensando Santiago de Courten, al par que avivaba la marcha de su caballo. Pasó, sin aflojar, las escasas habitaciones de La Grange y de Vaulaine. Todo estaba tranquilo en la comarca. Animales y personas parecían dormir. Únicamente, al pasar, le acompañaban con sus ladridos algunos perros guardianes. Ahora hufan ya á su derecha las elevadas y sombrías copas del bosque de Soulancy.

— He aquí la lluvia, díjose el vizconde echándose

la capucha; y va á mezclarse el viento.... ¡vaya una noche!

En efecto, gruesas gotas empezaban á fustigar el suelo de la carretera, bastante encharcado ya por el reciente deshielo.

Sumido de nuevo en sus pensamientos, el vizconde había pasado el bosque y volvía á bajar la pendiente, cuando un fulgurante relámpago cruzó la obscuridad, seguido por los bramidos, repetidos cinco ó seis veces, del trueno.

El caballo hizo una brusca pirueta, faltando poco para que despidiese á su jinete; luego se detuvo en seco, estremeciéndosele las manos.

— ¡Demonio! murmuró Santiago; ¿qué es esto?..

La descarga eléctrica acababa de hacerle ver delante de sí las espaldas de dos jinetes que caminaban al trote. Á no ser por el instinto del noble animal en que montaba, la velocidad de su carrera le hubiera hecho atropellar probablemente á los dos caballos que obstruían la carretera. Nada había respondido á la exclamación del vizconde, exclamación que, por otra parte, podía muy bien haberse perdido sin ser oída, porque el trueno fué como la señal de una violenta borrasca que le silbaba en los oídos, azotándole la lluvia el rostro. El caballero puso á su animal al trote, y como no era propio de su carácter el pasar silencioso al lado de gentes halladas, alzó la voz para preguntar:

— ¿Es éste el buen camino para ir á Tanlay, caballeros?

Él no veía caballero alguno, pues la obscuridad era completa; pero los adivinaba cerca de sí.

Una voz cantarina, uno de esos acentos arrulladores que tienen por cuna la noble patria de Tasso, respondió:

— Aquí no hay caballeros, ó, por mejor decir, no hay más que uno. Soy el duque Gonzalvo de Torino, mi compañero está á mi servicio.

— ¡Mil perdones!

— En cuanto á la carretera que seguimos, debe, efectivamente, conducir á Tanlay; puesto que allí es donde vamos nosotros.

En ese momento, los tres caballos debían de marchar en la misma línea, según parecía, ya que era imposible estar seguro de ello, dada la opacidad de la noche.

— Ya que ha tenido usted la amabilidad de presentarse, dijo el vizconde, descubriéndose por fórmula, pues tal cortesía era superflua, yo debo hacer lo mismo... Ve usted en mí... ó, más bien, no puede usted ver — rectificó riendo — al vizconde Santiago de Courten, por el momento mensajero extraordinario de Su Majestad el Rey.

— ¡Ah!... exclamó la voz armoniosa: será para mí gran honor hacer el camino con usted, vizconde. Este país de Borgoña carece de alegría.

— ¡Ca! ¡No! exclamó el bretón, dispuesto á bromear con todo. Al contrario, creo que lo imprevisto constituye el encanto de los viajes, y ese encanto vamos á tenerlo, escuche.

Desde hacía un rato, el valle, tan tranquilo antes, había perdido su calma; un ruido sordo, inquietante, continuo, indefinible, dejábase oír á lo lejos, y el viento traía por bocanadas el sonido muerto ó estridente de las campanadas lanzadas á todo vuelo.

— ¿Hay algún bautizo en los alrededores?

— ¿Un bautizo?... No es mala la broma, señor duque... Pues bien, sí, un bautizo célebre... ¡El del valle en donde estamos!

— Explíquese.

— Parece ser que el río que vamos orillando á nuestra izquierda, ha aumentado mucho.

— ¿Y qué?

— ¿Sabe usted lo que hacen las mujeres en ese caso, cuando aumentan?

— ¡Usted se guasea, vizconde!

— ¡Dios me guarde!.. En semejante caso, las mujeres se meten en el lecho...

— Pero, ¿qué relación?...

— ¡Espere!... Mientras que los ríos — acabó diciendo el vizconde — los ríos, que tienen espíritu de contradicción, aprovechan esa circunstancia para salir de su lecho.

— ¿Una inundación?

— ¡Qué desgracia! exclamó con voz quejumbrosa el compañero del duque, que no había hablado aún.

El indefinible ruido iba aumentando. Una ligera sábana de agua corría á ras del suelo, y cada patada de los caballos la salpicaba. Y hasta hubiera sido peligroso continuar, si la carretera no hubiese estado ori-

llada por corpulentos árboles que trazaban el camino.

El sirviente del duque italiano gemía tristemente, y el mismo duque no estaba del todo tranquilo.

— ¿Y si nos volviéramos?.. propuso apretando el bocado.

— ¡Guárdese bien!.. Hasta ahora, ningún fugitivo ha pasado ante nosotros; lo cual prueba que el peligro está detrás. Pasado Armançon, la carretera debe de subir hasta Tanlay. La que acabamos de recorrer debe de estar ya inundada... ¡Al galope!.. si quiere usted hacerme caso.

Dando el ejemplo, el vizconde picó espuelas. Imitaronle sus compañeros. Durante algunos minutos, emprendieron desenfrenado galope. Atravesaron como una tromba el puente por donde corría el Armançon revuelto y amarillento y se internaron en aquella parte de la carretera que más tarde hubieron de excavar los ingenieros encargados de construir el canal de Borgoña. Como sabemos, el vizconde se había equivocado. Aunque elevada en declive, la carretera quedaba á dos ó tres metros sobre el nivel de la llanura. Al principio el agua llegaba á los caballos hasta las rodillas; ahora les mojaba el pecho; pronto, pues, tendrían que ponerse á nadar. Y la borrasca llegaba á su apogeo. Este momento trágico fué el que escogió el vizconde para lanzar esta frase irónica, oída por el señor y la señorita de Lespare:

— ¡Demonio con el país! ¡Para llevar un mensaje, el rey debería haber apelado á su escuadra!

Después, los tres viandantes lanzaron un grito y

desaparecieron con sus cabalgaduras, sin saber cómo, entre un torbellino líquido.

El viento, meciendo con violencia las copas de los árboles, había arrancado poco á poco sus raíces, desarraigadas ya por el agua, y todo se desplomó de un golpe, suelo y vegetales, por un postrero y poderoso asalto de los elementos embravecidos. El valle parecía ahora un mar, un mar negro, que dominaba, en el montículo, la doble estatua del conde y de su hija. Como satisfecho de haber tenido estas víctimas expiatorias, el viento amainó de pronto, y la luna, saliendo de entre las nubes, iluminó con su pálida claridad un cuadro de desolación. Contrájosele el corazón á Luis de Lespare; por una parte, tenía prisa por ir á socorrer á los desgraciados viajeros; por otra, titubeaba en dejar á su hija sola en aquel camino convertido en isla azotada por el agua. ¡Ay! si siquiera hubiese estado allí el carricoche que guiaba Chaminade! ¡Qué buen servicio hubiera podido prestar la embarcación!

— Padre, preguntó Enriqueta, ¿vamos á dejar que se ahoguen esas pobres gentes sin intentar socorrerlas?

— No, dijo el conde. ¡Vamos allí!... Además, de quedarnos aquí, correríamos dentro de poco la misma suerte... ¡Es inverosímil esta crecida!

Y ambos bajaron la pendiente, á cuyo fin chapoteaba el agua.

Maese Bel no había esperado tanto tiempo para tomar semejante determinación. Con su instinto de perro salvador, el triple grito de agonía habíale lanzado como una bala al medio del torbellino.

— ¡Vamos á socorrerles, valientes!... ¿En dónde están ustedes?.. gritó el conde.

Porque, á pesar de la claridad lunar en la vasta llanura líquida, la vista no percibía sino el espumoso agitar del agua en derredor de los troncos cuyas raíces resistían aún.

Ninguna voz respondió á la llamada del dueño de Tanlay. Había, pues, que entregarse al instinto de Maese Bel, que hendía ya la corriente. Padre é hija le siguieron. Pronto faltó pie á los caballos. Los pobres animales, soplando de terror, quisieron volver atrás. Para mantenerlos en el buen camino, produjo una corta lucha entre los jinetes y ellos; vencidos al fin, empezaron á nadar con brío. Mas no debían ir muy lejos de aquel modo.

Un tronco colosal, casi sumergido, acudía, invisible, entre dos aguas, con formidable fuerza, y fué á dar contra los dos caballos, los cuales, con el pecho destrozado, partieron á la desesperada, en tanto que el conde y su hija, desmontados, fueron lanzados, uno á derecha y la otra á izquierda, y separados un instante por dos corrientes que venían en sentido contrario. Como sabemos, Enriqueta de Lespare era muy buena nadadora. Su vestido, afortunadamente arremangado al salir de Tanlay, y apenas más largo que los trajes adoptados por las bañistas en nuestros días, no le estorbaba los movimientos. Al igual de Maese Bel, la joven parecía hallarse en su elemento. Sin temer nada por su padre, cuyas resistencia y habilidad conocía, continuó nadando hacia el perro que acababa de cha-

puzarse. El desprendimiento del terreno, que había arrancado un grito de terror á los tres viajeros procedentes de Tonnerre, fué, como hemos dicho; casi simultáneo de la caída de toda una fila de árboles. La suerte quiso que el duque de Torino y su compañero quedasen cogidos entre las ramas superiores de uno de dichos árboles y fuesen llevados, como suspendidos en una cuna, á más de un metro por encima de la corriente. El vizconde Santiago de Courten, menos favorecido por la casualidad, fué en aquel mismo momento golpeado por la afilada rotura de una rama. Este choque le produjo una herida bastante dolorosa en la frente, herida que no por ser poco temible, había dejado de arrojarlo desmayado en el agua agitada y pérfida. Allí se hubiera quedado seguramente, pues la asfixia le hubiera cogido en pleno síncope, si Maese Bel no hubiese tomado el partido de salvarlo á tiempo. En efecto, el intrépido perro de San Bernardo sostenía al vizconde por encima del agua.

El joven caballero bretón iba recobrando el sentido, pero no la libertad de pensar. Su primera manifestación fué echar los brazos alrededor del primer punto de apoyo que encontraba, y ese apoyo, el que más á mano tenía, era el cuello de Maese Bel; y á no ser por la presencia de ánimo de Enriqueta, que en pocas brazadas llegó hasta ellos, hubiera ahogado al animal. Con mano experta, la joven soltó uno por uno los dedos nerviosamente crispados en el hermoso pelaje del animal; luego, deslizó el brazo bajo la cabeza del desconocido, para sostenerlo á su vez. Maese Bel lanzó

un aullido de triunfo, que se terminó en doloroso quejido, porque acababa de ver desaparecer, agarrados uno á otro, á su ama y al forastero. En efecto, el vizconde, dominado por el inconsciente terror de las gentes que se ahogan, no había abandonado su primer punto de apoyo sino para asirse con fuerza desesperada á los brazos tendidos hacia él. Enriqueta se sumergió para intentar soltarse... pero el otro no hacía sino agarrar más fuerte el brazo... Desgarró la manga... esfuerzo vano!... En aquella lucha contra un loco y contra los elementos, tenía que vencer el número... Para librarse de aquella lucha mortal, para hacer perder la respiración á su antagonista, la joven se mantuvo bajo el nivel del agua, que pasaba sobre sus cabezas como velo fúnebre. Titubeaba en desprenderse haciendo padecer á su verdugo. Maese Bel no tenía esa pusilanimidad tan inoportuna; había comprendido. Llegaba. Su formidable boca se abrió y volvió á cerrarse contra el hombro del vizconde, á quien el dolor hizo soltar presa. La joven heroína aprovechó para subirlo de nuevo al nivel. Mas, durante aquella inmersión, la luna había vuelto á entrar en su caverna de nubarrones, y Enriqueta se percató con inquietud, de que no sabía ya dónde estaba, pues nada había en los alrededores que pudiera orientarla por aquellas corrientes desconocidas.

El forastero estaba ya tranquilo. Tal vez habría vuelto á perder el conocimiento. Á través los trozos de tablas, las ramas quebradas, los haces de paja ó heno, que corrían por la superficie, Maese Bel fué el

primero en distinguir algo voluminoso, plano, contra lo cual se lanzó de un salto. Era un techo de bálago, de un establo ó de algún hórreo. Enriqueta se había unido al can, y ambos, ayudándose mutuamente, quien con la boca, quien con los brazos, colocaron al náufrago en aquella balsa; luego, uniéndose el peso de la señorita de Lespare al de los dos primeros ocupantes, aseguróse ésta, por las concavidades de la paja, que aquella barca de materiales rudimentarios no resistiría mucho tiempo su sobrecarga. Por otra parte, no debía ella de permanecer allí largo rato. Como puede suponerse, el techo de bálago no quedaba estacionario; al contrario, corría con rapidez, empujado por el viento, siempre rudo. Un ruido continuo, vago al principio, y cada vez más perceptible luego, hizo volver la cabeza á Enriqueta, en tanto que Maese Bel, usando de la única medicación empleada por la raza canina, se ocupaba en lamer al vizconde, que volvía definitivamente en sí. El ruido era producido por el incesante choque de despojos arrastrados, contra el tronco de un árbol gigantesco que luchaba solo y valerosamente contra los torbellinos reunidos del aire y del agua. Enriqueta reconoció el plátano de Comissey, árbol legendario que había sido plantado al celebrarse las bodas de la reina Isabeau de Baviera. La vista de aquel árbol, que era una de las curiosidades del país, permitió á la joven orientarse. El techo de bálago acababa de detenerse contra aquel gigante, acercándose de modo que parecía un trapo mojado pegado alrededor de una percha. Pero permanecer en aquella

situación era eminentemente peligroso, porque, de un momento á otro, otros árboles, los que no habiendo podido resistir al impulso de la corriente viajaban por ésta, en estado de cadáveres, podrían venir á chocar su gran cuerpo inerte contra el último luchador vegetal del valle devastado.... ¡Esto hubiera sido la muerte!

— Caballero, dijo la joven, golpeando el hombro del vizconde, cuyos ojos acababan de abrirse por los enérgicos lamidos del perro: ¿cree usted poder elevarse, mediante mi ayuda, hasta la orquilla de ese plátano que ve usted ahí, encima de nosotros?

El aristócrata bretón, atontado aún por la serie rápida de golpes que acababa de recibir, levantóse para estirar sus miembros entumecidos. Sólo estaba ligeramente herido, y recobrando su carácter bromista, al mismo tiempo que la vida volvía á él, respondió, escalando resueltamente el tronco, con una fuerza y una maña de que él mismo no se hubiera creído capaz:

— ¿Me permite que le preceda?

Un instante después, estaba á horcajadas en una rama gruesa, y se inclinaba, diciendo:

— Deme la mano, muchacho... ahora me toca á mí ayudarle.

Todavía ignoraba el sexo á que pertenecía su salvadora.

Enriqueta asió la mano que le tendían y saltó hasta la juntura de las ramas; pero con el pie había rechazado el techo de bálago que, cogido por la corriente,

empezó á alejarse dando vueltas y llevándose al perro que iba ladrando á la muerte. Los ladridos de Maese Bel se apagaban, perdiéndose entre el silbar del viento y la profundidad de la noche. Luego cesaron del todo. Enriqueta de Lespare y Santiago de Courten estaban, pues, solos, perdidos en la inmensidad de la inundación, sobre un árbol que tenía estremecimientos de agonía.